

# Las Brujas de Belaterra

Ainhoa Corral Luna

I



o llores, hija. Y levanta la cabeza —le murmuró su madre. En realidad era ella quien tenía los ojos nubosos y la cabeza gacha mientras le arreglaba los últimos detalles del vestido de novia. Otra mujer le trenzaba el cabello subida a un taburete y una tercera le coloreaba los pómulos hasta conseguir que pareciera ruborizada. Ambas eran doncellas del castillo, desconocidas para la joven y su familia, que ya habían empezado a trabajar para su futura señora. Porque Roldo, el señor feudal de Belaterra, había elegido a aquella muchacha de entre todas las casaderas de la ciudad para ser su esposa. Desde ese momento la casa, antaño llena de alegría pese a la pobreza, se había hundido en una oscuridad intensa, como la que se siente durante las largas noches de invierno.

—¡Vamos, vamos! —Apremió una de las doncellas.

Las mujeres se dieron prisa en recoger sus retales y cepillos mientras ella continuaba ahí de pie, fría y desconcertada a partes iguales.

—Maira... —escuchó entonces.

Se despertó rápido de su letargo y sus ojos se cruzaron con los de su hermana pequeña. Tenía el rostro enrojecido, como si hubiera estado llorando.

—¿Qué te pasa, Inés? ¿Te has hecho daño? —la niña bajó la mirada, avergonzada, y Maira se agachó y le susurró, para que nadie pudiera oírlas— ¿Me quieres contar algo?

—No —acompañó sus palabras con un gesto enérgico de la cabeza—. Es que no quiero que te vayas. Quédate conmigo. No te cases con ese hombre, dicen que es malo.

—¡Inés! —La reprendió su madre, que se había aproximado a coger el hilo—. ¡No hables así jamás de nuestro señor!

—¡Pero eso dicen, mamá! —Insistió ella—. Por favor, Maira...

—¡Pues se equivocan! —Zanjó la conversación la mujer.

Maira sintió que un nudo de angustia le ascendía de nuevo por la garganta. Le acarició el pelo a su hermana mientras retenía el llanto. Luego sacó fuerzas de donde no las tenía para dedicarle una sonrisa. La sonrisa más triste de su vida.

—Te haré un regalo bonito por tu cumpleaños. Ya eres toda una mujer.

—Es la semana que viene —le recordó Inés—. Cumplo doce, acuérdate.

—Lo sé —contestó—. Te has hecho mayor muy deprisa. Te haré el mejor regalo del mundo.

—El mejor regalo del mundo sería que te quedaras aquí, conmigo.

Maira la estrechó entre sus brazos con un cariño infinito y enterró su cara unos segundos en el cuello de Inés para tragarse las lágrimas y que le diera tiempo a respirar.

—¡Vamos!

La arrancaron entonces de los brazos de su hermana, que se quedó muy quieta, muy seria, muy callada. Se miraron por última vez, como si estuvieran viendo a la otra caer por un precipicio. El corazón se les desgarró.

—Inés... —murmuró Maira, aterrada, mientras la obligaban a entrar en el carruaje—. Inés.

Dejaron atrás la casa donde la novia había vivido casi toda su vida. Todas las mujeres iban en silencio. Su madre se mordía los labios mientras miraba por un resquicio de la cortinilla. Se giró hacia ella sólo una vez durante el trayecto, pero apartó sus ojos enrojecidos como si le quemara mirarla. Las doncellas viajaban cabizbajas, en señal de respeto y sumisión.

Maira nunca había ido en carruaje: eso estaba reservado para las mujeres nobles, y ella no lo era. Maldita la idea que había tenido aquel hombre de buscar esposa entre el campesinado, sin importarle la pobreza de aquellas desafortunadas... Algunas habían visto la oportunidad de su vida, pero a ella le habían destrozado la suya.

Llegaron a la plaza donde se alzaba el Templo y el carruaje se detuvo. Maira escuchó los bramidos de la multitud desde el interior, y un escalofrío le recorrió la espalda. Sin darle apenas tiempo para prepararse, alguien abrió la puerta desde fuera. Era su padre. El hombre la miró unos segundos con sorpresa. Maira siempre había sido muy hermosa, pero aquel día su belleza parecía sobrenatural, como sacada de un cuento o una leyenda.

La muchedumbre se arremolinaba entre gritos y júbilo; la boda del señor feudal suponía fiesta, cerveza de calidad, comida a espuertas y dinero, mucho dinero para la ciudad. Algunos músicos tocaban cerca de la gran escalinata, los niños corrían y las mujeres se empujaban para poder ver mejor a la novia. Maira se refugió unos segundos del clamor de la gente en los brazos de su padre, que le susurró al oído:

—Qué hermosa estás, hija mía... —Maira se puso a temblar, y el hombre añadió— Lo siento tanto.

La cogió del brazo entonces, aunque podría decirse que la sujetó, porque Maira parecía a punto de desvanecerse, y cruzaron la plaza lentamente, escoltados por la guardia del castillo. Roldo, el señor feudal, observaba la escena con una sonrisa socarrona desde las puertas del Templo, en lo alto de la escalinata. A su lado estaba el Hombre de Fe, y junto a ellos una infinidad de guardias armados. Cuando llegaron arriba, Maira pudo ver que oculto en las sombras del pórtico había otro hombre más, de tez cenicienta y mirada de aguilucho. Él no la miraba; estaba demasiado ocupado escudriñando a la multitud, como una rapaz planeando sobre su presa. Maira sintió una aversión visceral por aquel ser, como si su corazón puro le estuviera alertando de que estaba ante un engendro surgido del mismísimo Infierno.

Roldo era un hombre joven, robusto, con el cabello largo y oscuro. Su barba poblada y sus ojos negros la intimidaban, así como una cicatriz que le cruzaba parte del rostro, sobre la mejilla izquierda. Portaba enseñas militares y tenía una sonrisa lobuna que hizo que Maira se estremeciera. Sólo lo había visto de cerca una vez, el día de la elección, cuando las mujeres en edad de casarse de toda Belaterra habían sido empujadas allí como si fueran ganado para que él

las mirara y las tocara. Pasaron todo un día frente a los hombres del castillo, esperando su turno, mientras él descartaba y seleccionaba las que más le interesaban y comentaba con sus hombres de confianza las virtudes y defectos de cada una. Cuando había llegado el turno de Maira, ella había apartado la mirada mientras él le acariciaba el pelo y luego la cara. Cuando sus enormes manos llegaron a sus pechos, Maira se apartó con un gesto de repulsa y lo miró con odio. No lo pudo evitar. Y eso le había hecho mucha gracia a Roldo. Tanta, que le había dicho:

—Creo que vais a ser vos.

Y aunque Maira rezó todo lo que sabía para que se tratara de una simple amenaza, lo cierto es que no lo fue. Él la eligió, y ella no había podido escapar porque aquel hombre protegía a su familia y le debían absoluta lealtad.

—Hoy estáis todavía más hermosa que cuando os conocí, mi señora —le dijo él, con una media sonrisa maliciosa.

—Mi señor, os entrego orgulloso la mitad de lo que tengo, una mitad muy valiosa —dijo entonces el padre de Maira, mientras ponía la mano de ella en la de él—. Deseo que mi hija os aporte la felicidad que merecéis.

—Espero que la otra mitad, si es tan bella como esta, la mantengáis a buen recaudo. Cuando sea casadera habrá que buscarle un buen esposo.

—Si así lo desea mi señor, así se hará —respondió el padre de Maira, nervioso.

Maira notaba que su pequeña mano se perdía en la de Roldo. Antes de avanzar hacia el interior del Templo él le dedicó una última mirada que la barrió por entero. El hombre pareció quedar satisfecho y tiró de ella. Días más tarde Maira sólo recordaría de ese momento el sonido de las inmensas puertas de madera al cerrarse tras ellos. El bramido de la turba de la plaza se aplacó y ya solo la rodearon el frío y el silencio, como si la hubieran encerrado dentro de una tumba.

En el interior había veinte o treinta nobles que la observaban con miradas altivas y que hablaban entre cuchicheos. Maira deseaba con todas sus fuerzas que Roldo percibiera también la desconfianza de todas aquellas personas, se diera cuenta de que no merecía la pena casarse con una campesina y eligiera a otra mujer en su lugar. Pero eso no ocurrió, y Roldo la arrastró hacia el Altar de las Almas como si Maira fuera un botín de guerra, un tesoro preciado del que se había apoderado gracias a su astucia. Allí, el Hombre de Fe comenzó la liturgia. Y ella, que temblaba y que se sentía tan pequeña y tan perdida, comenzó a pensar en Inés y en las historias de brujas que le contaba cuando llegaba la noche y ambas se acurrucaban en el lecho que compartían. Y es que Maira dejó de prestarle atención al Hombre de Fe, pero Roldo tampoco parecía hacerle mucho caso. Enfrentados el uno al otro, ella evitaba mirarlo y él no hacía otra cosa. Los ojos oscuros de aquel hombre despreciable parecían querer atravesarle la ropa, y la incomodidad de la joven aumentaba conforme se acercaba el instante de dar su conformidad. ¿Qué ocurriría si decía que no? ¿Qué pasaría si se le ocurría salir corriendo? No hacía falta ser muy inteligente para conocer la respuesta. Ni las brujas de sus cuentos tendrían peor final.

Ni el temblor incesante, ni la respiración acelerada, ni el sudor de las palmas de sus manos expresaban con suficiente vehemencia la oscuridad que se le había metido dentro. Llorar tampoco servía de nada. La suerte estaba echada. El Hombre de Fe le preguntó y ella asintió

despacio, como una muñeca de trapo sin voluntad. Roldo se relamió después de consentir él. Y entonces los declararon esposos, y a ella señora de Belaterra.

Maira sintió que el estómago se le ponía del revés cuando su señor se aproximó a ella.

—Mi señora... —le murmuró, con una media sonrisa lasciva—, aguardad unos minutos a nuestro primer beso. Quiero que sea memorable.

Las puertas del Templo se abrieron, la nobleza salió al exterior y Roldo la agarró de la mano con fuerza. Maira se dejó arrastrar, como en trance, hasta la salida. El sol cayó sobre ellos y los deslumbró mientras la multitud los aclamaba. Al girarse para evitar la repentina luz, Maira cruzó su mirada con la del anciano del pórtico, que en esta ocasión sí la miraba. En su cinto brilló un rubí engastado en el puño de su daga. Parecía que habían encerrado la sangre de alguien en el centro de aquella piedra, y la noche más oscura en los ojos sin vida de su portador. Maira sintió un terror que nunca antes había sentido. Pero entonces Roldo la obligó a bajar las escalinatas y al perder el contacto visual, el miedo se atenuó.

Y alguien lanzó un huevo podrido a Roldo. Seguidamente, un aluvión de verduras cayó sobre ellos. La guardia del castillo los puso a cubierto y sin saber muy bien cómo, acabó resguardada en el carruaje que le estaba reservado. Roldo subió poco después. Ambos llevaban la ropa manchada, pero el olor del huevo sobre la camisa de su marido le provocó arcadas.

—Brujas...—escupió él, con desprecio, justo antes de soltar una sonora carcajada—. Morirán pronto.

Los gritos sacudieron la plaza; Maira vio a la gente correr. Las espadas de los guardias centellearon bajo el sol del mediodía. Los muertos se amontonaron en el suelo. Mujeres, hombres y algún niño pequeño que no había podido escapar a tiempo. La sangre derramada teñía el empedrado, antes cubierto de pétalos de flores. Ella se llevó las manos a la boca y ahogó un grito de espanto al mismo tiempo que Roldo la abordaba con violencia y el carruaje se ponía en marcha. De pronto tenía la lengua de su esposo dentro de su boca y sus manos bajo la ropa.

## II



El castillo, situado en lo alto de los acantilados de Belaterra, no estaba demasiado lejos del Templo. Pero Maira creyó que la llevaban a la otra punta del mundo. Durante el trayecto, Roldo la besó hasta ahogarla y la manoseó con tanta fuerza que la hizo gritar de dolor.

—Esta noche terminaré lo que acabo de empezar —le susurró al separarse de ella, cuando el carruaje frenó—. Ahora, disfrutemos del banquete.

El señor de Belaterra descendió de un salto y dio órdenes para que le trajeran ropa limpia. Y enseguida llegaron las damas de compañía a por Maira, a la que encontraron acurrucada en un rincón, temblando, con el peinado deshecho y las costuras de su traje deshilachadas. Se miraron entre ellas, pero no dijeron nada. La ayudaron a bajar y la llevaron por una puerta trasera, a través de varios pasillos y escaleras, hasta la que sería su habitación. Y allí la desnudaron por completo, la bañaron y la vistieron de nuevo con un vestido verde muy suave. Se quedó sola con la doncella que la peinaba durante un rato. Mientras la mujer le cepillaba el pelo, Maira apenas se movía. Sus manos congeladas aferraban con fuerza la tela del vestido y sus ojos estaban fijos en ninguna parte. Su rostro, pálido y demudado, parecía el de un cadáver.

—¿Os encontráis bien, mi señora...? —Le preguntó la doncella al oído.

Maira al principio ni siquiera la oyó. Pero la mujer apretó con cuidado su hombro y se colocó justo enfrente. Era mayor que ella; podría haber sido su madre. A la joven novia le costó cierto esfuerzo enfocar su atención en ella.

—¿Estáis bien, mi señora? —repitió.

Maira asintió, sin hablar, muy lentamente, como si no comprendiera la pregunta del todo.

—Bien —suspiró la doncella—. Si necesitáis algo... yo soy Jimena. Puedo ayudaros. Con lo que sea.

—Quiero irme... de aquí —musitó Maira para sí, como si tener voz ya no valiera para nada.

Jimena calló, la miró como miraría una madre a una hija que sufre, y se puso detrás de ella de otra vez. Maira no llegó a ver el rictus de rabia que cruzó el rostro de la doncella. Terminó de trenzarle el pelo con delicadeza, le dedicó una caricia muy leve, muy sutil, y se retiró con discreción.

Maira se quedó sola en la lujosa habitación. La cama era pequeña, no era un cuarto conyugal. Pasó mucho tiempo hasta que se atrevió a moverse. Su cuerpo casi no respondía. Imaginó que aquella estancia sería la suya mientras su esposo no la requiriera y se echó a temblar solo de pensarlo. Ojalá no lo hiciera nunca.

No podía parar de revivir lo que había ocurrido en el carruaje. Jamás se había sentido tan sucia y tan humillada. Como si su cuerpo no le perteneciera. Su reflejo en el espejo le devolvía la imagen de una joven preciosa, pero Maira no se reconocía en ella. Algo en su interior se había roto y dolía, dolía tanto que apenas le dejaba aliento para respirar. La luz de la tarde se convirtió en crepúsculo y el cielo anaranjado se tornó negro a través de la ventana, pero Maira siguió muy quieta, sentada sobre el borde de aquella cama fría, esperando sin saber bien qué.

—Es la hora del banquete, mi señora. El señor ha vuelto de la cacería —le dijo Jimena con pesar, a través del quicio de la puerta.

Maira comenzó a temblar en el acto. Apretó con fuerza los puños y fue incapaz de moverse. Llevaba toda la tarde luchando contra su propio miedo, pero la sola idea de volver a cruzarse con aquel hombre la aterrorizaba tanto que se sentía morir. Jimena se aproximó y durante unos

segundos su mente le dio una tregua. Se vio a sí misma sentada allí, como si presenciara la tragedia de otra persona, como si no fuera ella misma la condenada.

—No puedo —dijo con la voz quebrada.

Jimena cerró los ojos en señal de comprensión. Se sentó junto a ella y le pasó un brazo por encima de los hombros sin decir nada. Estuvieron así unos minutos y entonces, la doncella habló:

—Mi señora... no vayáis porque os obliguen. Acudid al banquete para demostrar... quién sois en realidad. No dejéis que puedan con vos. No les permitáis... ganar.

Maira salió de su ensimismamiento al escuchar aquellas palabras, se giró hacia Jimena y se perdió en su mirada sabia y en las ligeras arrugas que recorrían su rostro bondadoso. Su expresión era fiera, de lucha, de odio. Como si ambas estuvieran compartiendo el mismo enemigo y se hubieran convertido en aliadas contra él. En aquellos ojos Maira encontró el valor que necesitaba, el que llevaba buscando desde que había llegado a ese maldito castillo. Y se levantó.

El salón era enorme, imponente. Estaba engalanado con tapices en las paredes, escudos familiares y grandes armaduras brillantes que parecían mirar a los invitados desde sus soportes. Dispuestas en los laterales del salón, largas mesas de madera contenían viandas de todo tipo. Cada rincón estaba iluminado por antorchas que resplandecían y de los altos techos colgaban pesadas estructuras con decenas de velas encendidas.

Roldo ya estaba sentado en una silla elevada cuando ella llegó por un lateral. Él se levantó, se aproximó a su esposa y la cogió de la mano. La invitó a acompañarle con una galantería que Maira no se esperaba, y le dedicó otra vez esa sonrisa de lobo que a ella le erizaba el vello de los brazos.

—Amigos de Belaterra, os presento a mi esposa. Probablemente sea la mujer más bella de esta ciudad. ¡Contempladla, bastardos, pero no la toquéis, que es toda mía! —Rió. La multitud rió con él y Maira sintió cómo el calor de la vergüenza le ascendía hacia las mejillas—. ¡Que comience la fiesta!

Roldo obligó a Maira a sentarse junto a él, en una silla un poco más pequeña. Ambos presidían el banquete. Ella estaba muy callada y muy seria. Tratava de evitar las miradas del resto de nobles que la rodeaban y también sus conversaciones, aunque no era fácil. Cada vez que sus manos se empeñaban en temblar de nuevo, ella se concentraba en las palabras de Jimena. «Acudid al banquete para demostrar... quién sois en realidad.» Pero, ¿quién era Maira en realidad? Si hubiera sido Inés quien hubiera viajado en el carruaje con Roldo... Maira habría sido una salvaje con la rabia suficiente como para prender fuego al castillo hasta los cimientos.

Los sirvientes comenzaron a servir los platos más variopintos, todos muy elaborados. Maira jamás había visto tanta comida junta, ni con tan buen aspecto. Se acordó de los inviernos de su infancia, cuando su padre aún no era soldado y trabajaba el campo. En aquellos tiempos una mala cosecha había estado a punto de llevar a la ruina a su familia. Su hermana y ella se habían alimentado casi en exclusiva de la leche de su madre, pues Inés apenas tenía un año de edad y todavía manaba de sus pechos. Aquella noche, sin embargo, no importaba cuán succulento resultara el festín, pues Maira se sentía incapaz de probar bocado.

—¡Qué afortunada! —comentó un hombre anciano que no paraba de mirarla—. ¡De familia humilde, y miraos! Convertida de la noche a la mañana en señora de Belaterra. Tiene buen gusto este Roldo, ¿verdad, hijo? —Le preguntó al joven que había a su lado—, esta muchacha es bien bonita. ¡No había visto nada igual! Le daréis buenos hijos al señor.

Maira se imaginó lanzándole al viejo el contenido de su copa. Volvió a temblar porque se sentía tan vulnerable y expuesta que hasta temía que quienes le rodeaban pudieran leer esos pensamientos en su rostro. Roldo pasó su brazo sobre ella, la apretujó hacia sí, y balbuceó, con la boca llena de carne:

—¡Muchos, muchos hijos! ¡Todos los que se pueda!

Los trozos de comida salpicaron el plato de Maira, su vestido y sus mejillas. Junto al miedo, se prendió una chispa de furia. Se limpió con discreción la cara y miró hacia otro lado mientras su imaginación, que iba por libre, hacía el resto: los hermosos candelabros cayendo sobre los manteles, el fuego devorando las lujosas prendas de los nobles, el cuchillo de trinchar la carne clavado en el estómago de su esposo. Se permitió una leve mueca que no llegó a sonrisa mientras los comensales reían la gracia del señor.

—¡Comed, mi señora, tenéis que coger fuerzas para esta noche! —Gritó entonces Roldo, para que lo oyera toda la mesa.

Maira se quiso morir. Las carcajadas resonaron por todas partes. Sintió que le faltaba el aire.

—Mi señor... —se aproximó Jimena, de pronto—. Os ruego disculpéis a vuestra esposa un momento. Su vestido se ha manchado y una novia debe estar impecable el día de su boda.

Maira suspiró aliviada cuando él, aburrido, hizo un gesto de permiso. La joven se levantó deprisa y Jimena la alejó de aquella mesa justo a tiempo para que no la vieran llorar. Explotó en el pasillo lateral, y las lágrimas eran incontrolables cuando ambas se refugiaron en una pequeña habitación privada.

—Calma, mi señora, calma. Tenéis que ser fuerte.

—No... puedo. No puedo —hipaba Maira, sin parar de temblar.

Jimena la abrazaba como lo habría hecho su propia madre de haber estado presente. Y ella se limitaba a acurrucarse en el regazo de aquella mujer buena, que la acogía en medio de aquel castillo helado donde la soledad resultaba abrumadora.

La puerta se abrió de pronto. En el umbral, iluminado a medias por las antorchas cercanas, el hombre de tez cetrina y mirada muerta las observó como si fueran animales a punto de ser sacrificados. Jimena se puso en tensión. Maira se aferró a ella con pavor. El silencio duró unos pocos segundos. Luego, él habló. Su voz era hipnótica, gélida y hostil.

—Debéis volver a la mesa, mi señora.

—No se encuentra bien, Lázaro —respondió Jimena, apretando la manga del vestido de Maira, como cogiendo fuerzas para hacerle frente.

—No puede dejar solo al señor el día de su boda. Este banquete está pensado para que todos la conozcan, para que todos la vean —siseó él, con una sonrisa envenenada.

Maira negó con la cabeza y se giró hacia Jimena con una mirada suplicante.

—Permitidme que insista, mi señora... —Lázaro endureció su tono y convirtió sus consejos en órdenes—. El señor Roldo se ofende fácilmente, y estoy convencido de que no querréis que eso ocurra. Puede ponerse violento si algo no le agrada. ¿Comprendéis?

Jimena se levantó. Maira estaba a punto de sufrir un colapso.

—Aguardad tras la puerta, Lázaro. Nuestra señora necesita cambiarse de ropa. No querréis que el señor se enfurezca porque la hayáis visto desnuda antes vos que él, ¿no es cierto?

Lázaro se deslizó hacia fuera como un fantasma y cerró la puerta, pero aunque ya no estuviera presente Maira tuvo la sensación de que seguía mirándola. Tardaría mucho tiempo en dejar de sentir que aquel hombre la vigilaba.

—Escuchad —le dijo entonces Jimena, poniéndose frente a ella y endureciendo su mirada—. Sé que tenéis miedo, mi señora. Pero tenéis que luchar. Sacad las fuerzas de donde sea. Sólo así podré ayudaros.

Maira dejó que Jimena la desvistiera y volviera a colocar sobre su piel fría un vestido azul mientras ponía todo su empeño en borrar las lágrimas de su rostro y el terror de su alma.

El regreso al gran salón le dejó a Maira el ánimo tembloroso. No supo por qué, pero mientras avanzaba por los pasillos de piedra recordó a los juglares que venían a la ciudad durante los días importantes para amenizar las mañanas con pequeños teatros de títeres. A Inés le encantaban esos muñecos de trapo que hablaban de manera graciosa y contaban historias de risa. Mientras apoyaba de nuevo la espalda en el respaldo de su silla y a su alrededor el ruido y la juerga aumentaban, ella se sintió exactamente igual que uno de aquellos muñecos: manejada por otros, vulnerable, sin voluntad alguna. Se imaginó la mano huesuda de Lázaro acariciando su propia efigie, y deseó que los dedos cálidos de Jimena se la arrebataran.

Maira se hundió en el silencio de sus propios recuerdos durante el resto de la velada e ignoró los comentarios obscenos y las miradas lascivas de los nobles borrachos. Tampoco prestó atención cuando Roldo le pegó un puñetazo a otro hombre por haberle insinuado que se la prestara al día siguiente, si todavía le quedaban fuerzas. Al final la consideraron demasiado aburrida y la dejaron en paz. Pero entonces, cuando la noche cayó sobre Belaterra y la gente ya había dado cuenta de los pasteles y las tartas, Lázaro hizo un anuncio que le heló la sangre: los esposos podían ya retirarse al dormitorio a consumar el matrimonio. Habría dos testigos: el Hombre de Fe que había oficiado su boda y el consejero..., es decir, el mismo Lázaro.

Las damas de compañía se aproximaron a Maira con premura. Entre ellas no estaba Jimena.

—¿Testigos? —murmuró la joven novia, pálida y con el rostro cada vez más desencajado—. Pero no... ¡no somos reyes!

Algunos nobles que andaban cerca se echaron a reír. Roldo no.

—Mi señora... —le explicó Lázaro, con paciencia fingida— vuestra posición claramente inferior ha provocado ciertos resquemores entre algunos viejos amigos de Belaterra. Han exigido testigos de la consumación; de no haberlos podrían solicitar la anulación de la boda, y el contrato del señor con vuestro padre quedaría invalidado. No os preocupéis, no molestaremos.

Maira, paralizada, fue arrastrada por varias damas de compañía hacia su habitación. Seguía buscando a Jimena sin cesar, pero no la encontraba. Cada vez más nerviosa, empezó a preguntar por ella, fuera de sí.

—¿Dónde está Jimena? ¡Dónde está! ¡Que venga!

Las damas se miraban entre sí, pero ninguna se atrevía a hablarle. La desvistieron contra su voluntad, la metieron en un barreño de agua tibia y la frotaron con excesiva fuerza, hasta que su



piel quedó enrojecida. Maira temblaba de frío, pero ya no tenía más fuerzas para llorar. Se estaba rindiendo, una vez más.

Jimena apareció cuando ya le habían colocado por encima una camisola blanca, ligera, de encaje. Se aproximó a ella muy deprisa y el resto de las damas de compañía salieron de la habitación. La mujer llevaba en sus manos una taza humeante.

—Daos prisa, mi señora. Bebedlo todo. Rápido.

Maira obedeció. Le habría parecido bien que fuera un veneno capaz de matarla en el acto. Jimena le besó la frente, tomó la taza vacía y desapareció de la estancia, a pesar de la súplica silenciosa de la joven. Se quedó sola. Esperó la muerte, pero la muerte no vino. Sí lo hizo un guardia. Se aproximó a ella, la observó como lo habría hecho con las mujeres de los burdeles de Belaterra, y a continuación la arrastró hacia la habitación conyugal. La dejó junto a la puerta entreabierta y se retiró a su puesto, un poco más lejos, sin dejar de mirarla. Maira escuchó la conversación que mantenían dentro de la habitación.

—No es adecuado, mi señor, sé que es vuestro derecho pero vuestra imagen ante el pueblo... no es la mejor ahora mismo. Las muchachas se niegan a casarse por vuestra costumbre... —la voz era la del Hombre de Fe.

—Es mi derecho, vos lo habéis dicho, y lo ejerceré cuando y como me plazca, maldita sea —replicó Roldo, entre furioso e impaciente.

—Pero ahora estáis casado, mi señor. Vuestra esposa no verá con buenos ojos...

—Los ojos de mi esposa me importan poco, ¿sabéis? Me interesan más otras partes de su cuerpo.

El silencio regresó a la habitación durante unos instantes en los que Maira escuchó su propio corazón, desbocado.

—Eminencia... —intercedió Lázaro—. Ahora nuestro señor tiene una joven hermosa a su lado y la hará madre pronto. Pero las viejas costumbres son importantes. Al fin y al cabo, demuestran al pueblo quién ostenta el poder.

—Pero lo que ha ocurrido en la plaza hoy no es algo aislado, mi señor —insistió el Hombre de Fe—. Una revuelta no...

Roldo bufó.

—¿Dónde demonios está mi esposa? —gritó entonces, furioso.

Maira sintió tanto miedo que estuvo a punto de desmayarse.

—Creo que nuestra joven señora aguarda al otro lado de la puerta —comentó Lázaro entonces, abriendo lentamente la hoja de madera. Sus ojos de serpiente, rellenos de profunda maldad, se toparon con los de Maira, que parecía un ratón asustado—. Quizá necesita que la invitemos a entrar. Sois muy discreta, mi señora.

Como si estuviera dentro de una pesadilla de la que era imposible escapar, Maira trastabilló al interior de la habitación, donde el Hombre de Fe carraspeó y se giró con decoro al verla aparecer solo con aquella prenda que dejaba poco a la imaginación. Roldo ya estaba desnudo de cintura para arriba, y enseguida comenzó a desabotonarse los pantalones. Maira sintió entonces mucha sed. Se le secó la boca y dejó de enfocar correctamente los objetos que había por la habitación. Lázaro era como una sombra a su lado, y Roldo una figura gigante y difusa. Percibía con dificultad la forma de la enorme cama con dosel cuyas cortinas seguían abiertas, y allí fue

dirigida por los dos hombres, mientras el tercero miraba de soslayo. De las siguientes horas apenas recordaría nada.

Sintió que la sacudían en plena noche. Entreabrió los ojos y el dolor le atenazó los músculos. Notó líquido entre sus piernas. Otra vez una mano zarandeándola con cuidado, y una voz, dulce y cálida, justo en su oído.

—Mi señora, despertad... soy Jimena. ¿Me oís?

Maira no podía hablar, se encontraba demasiado aturdida todavía.

—No hagáis ruido. El señor duerme. Hay cambio de guardia. Daos prisa. ¿Podéis moveros?

La joven siguió sin responder, medio desmayada.

—Vamos, yo os ayudaré.

Jimena la ayudó a ponerse en pie. Estaba completamente desnuda, congelada y dolorida, tanto que apenas podía caminar. Jimena le puso por encima una capa y tuvo que arrastrarla hasta la habitación contigua.

—Tenéis que daros prisa. Por favor. Nos jugamos la vida.

Maira cabeceaba, mareada y desorientada. Jimena encendió las velas de un candelabro. La luz permitió a Maira ver que tenía las piernas manchadas de sangre. Abrió los ojos un poco más, con expresión de sorpresa.

—Si hubiera estado en vuestro lugar habría querido que alguien me diera el agua del olvido.

La joven le dirigió una mirada de incompreensión, pero no podía articular palabra alguna.

—No temáis. No recordaréis nada de lo que os ha hecho ese salvaje. Es mejor así. Ojalá hubiera podido evitarlo del todo.

—Estoy... no...

—Estáis aún aturdida, lo sé. Pero enseguida os encontraréis mejor. Yo os limpio la sangre, tenéis que vestiros de prisa y huir.

—¿Qué...? —articuló, con un hilo de voz.

—¿Queréis que os viole cada noche durante el resto de vuestra vida? ¿Queréis parir a sus hijos, uno tras otro, hasta que no quede nada de vos?

Maira empezó a despertar lentamente, mientras Jimena la ayudaba con la ropa de viaje, pero su cerebro estaba como abotargado. Le costaba unir ideas.

—Yo os ayudaré a escapar si así lo deseáis. ¿Estáis preparada? Hay otras que también os ayudarán, fuera de aquí.

—No... no entiendo... ¿por qué? —balbuceó, mirándola a los ojos mientras trataba de vencer al sueño.

—Él destruyó a mi hija. Ella se casó pocos días después de que Roldo accediera al título de señor por la muerte de su padre. Y su primer derecho de pernada lo ejerció con ella. Ella era... feliz, y se casó enamorada. Mi niña... Aquello acabó con su matrimonio antes de empezar, y también con sus ganas de vivir. Lo que le hizo... Roldo...—escupió— lleva haciéndolo durante años. Acabó con mi niña. Acabó con ella, y ha destruido a muchas más. Pero no ha acabado con todas. Ni lo hará.

Maira sintió un frío muy intenso, como si la muerte estuviera intentando arrancarle el alma a arañazos.

—Si se entera...—dijo la joven, cada vez más despierta y más asustada— nos matará. A las dos...

—A mí me da igual. Ya me arrebató la vida cuando mi hija decidió morir. A vos... yo elegiría la muerte antes que una vida como la que os espera a su lado.

Maira tragó saliva, miró a la mujer a los ojos y asintió, decidida.

—Vamos entonces.



Ediciones  
Radagast

**¿Te ha gustado?**  
**Compra el libro entero en:**  
**[www.edicionesradagast.com](http://www.edicionesradagast.com)**